

RESEÑA. *DÉDALO*, CAMILO BOGOYA, EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, MEDELLÍN, 2020, 187 P.

REVIEW. *DÉDALO*, CAMILO BOGOYA, EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, MEDELLÍN, 2020, 187 P.

ANÁLISE. *DÉDALO*, CAMILO BOGOYA, EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, MEDELLÍN, 2020, 187 P.

Néstor D. Martínez

Profesional en Cine y Televisión y Estudios Literarios y Edición de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Colombia.
nestor.martinezg@utadeo.edu.co | <https://orcid.org/0009-0008-9275-274X>

Sugerencia de citación: Martínez, N. D. (2023). Reseña. *Dédalo*, Camilo Bogoya, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2020, 187 p. *Razón Crítica*, 15, 1-5. <https://doi.org/10.21789/25007807.2031>

Resumen

Se decía de Dédalo, el hombre más ingenioso de la mitología griega, dibujante, escultor, arquitecto e inventor, que dominaba su facultad creativa con tal grado de perfección que debía encadenar a sus creaciones para que no se escaparan.

Palabras clave: Dédalo; mitología griega; ciencias sociales.

Abstract

It was said of Dédalo, the most ingenious man in Greek mythology, draftsman, sculptor, architect and inventor, that he dominated his creative faculty with such a degree of perfection that he had to chain his creations so that they did not escape.

Keywords: Dédalo; Greek mythology; social Sciences.

Resumo

Dizia-se de Dédalo, o homem mais engenhoso da mitologia grega, desenhista, escultor, arquiteto e inventor, que ele dominava sua faculdade criadora com tal grau de perfeição que precisava encadear suas criações para que não escapassem.

Palavras-chave: Dédalo; mitologia grega; Ciências Sociais.

Se decía de Dédalo, el hombre más ingenioso de la mitología griega, dibujante, escultor, arquitecto e inventor, que dominaba su facultad creativa con tal grado de perfección que debía encadenar a sus creaciones para que no se escaparan. Esculpíó una estatua de Heracles, tan atterradoramente viva, que al verse el héroe reflejado en ella se sintió amenazado y la destruyó.

El inventor hizo también una escultura de una mujer en lo alto de una colina, logrando impregnar en su cuerpo inerte una sensualidad palpitante, de modo que un joven de noble familia, al tocarla, a pesar de la dureza del mármol, la creyó de carne y hueso. Entonces, enamorado, comenzó a visitarla, a conversar con ella, a cantarle, a calmar su deseo lamiendo los senos fríos mientras se frotaba sobre el intersticio de piedra. Los dioses, al comprender que el muchacho estaba perdido, decidieron, en un acto de piedad, convertirlo en una estatua para petrificar su ansiedad y unirlo eternamente con su amada.

Muchas historias de este tipo circularon por toda Grecia como prueba de la magnificencia de las creaciones de Dédalo. Los oyentes, al toparse con ellas, solo podían preguntarse si este hombre no sería un dios disfrazado de humano. Sin embargo, eventos posteriores revelarían que el gran inventor estaba muy lejos de ser un dios, y es en ellos en los que se concentra Camilo Bogoya¹ en su novela *Dédalo*, ganadora, en 2019, del XXXVII Premio Nacional de Literatura, modalidad Novela, de la Universidad de Antioquia, y cuya primera edición salió a la luz el año siguiente. Al inicio de la obra, Camilo expone un Dédalo exiliado de su adorada Atenas, sin gloria y apagado, navegando hacia Creta, la única isla que decidió recibirlo. En la primera página, escribe el autor:

Si los demás olvidan el asesinato, él también tendrá que olvidar. Mientras lucha por vaciar la mente, sigue el flotar de la quilla rompiendo las olas. Deja atrás la escollera y las fortificaciones del puerto. Deja atrás cuarenta años. La casa atiborrada de inventos, animales de madera, dibujos de ciudades por venir. (p.11)

Este Dédalo de las páginas iniciales aparece sumamente humano en su caída. Le duele el asesinato cometido y el exilio, motivo que le impide sacar de su mente el momento en que, impulsado por el narcisismo y la envidia, empujó desde un precipicio a su sobrino y discípulo, joven inventor que prometía ser tan grande como su maestro. Aunque merece ser encarcelado por este crimen, los atenienses le otorgan su libertad debido a los beneficios que sus inventos han traído a la ciudad, pero lo castigan con el destierro. Desde las primeras líneas, Bogoya sugiere las siguientes preguntas: ¿puede olvidarse un asesinato cometido? ¿Ser desterrado es volver a nacer? ¿Puede un inventor reinventar su memoria?, y, a lo largo de la novela, la gran batalla de Dédalo será reinventar su propia vida, en la cual el combate final, aparentemente ganado al comienzo, lo conducirá a un sublime fracaso.

Al comienzo de la obra, es posible creer que el escrito de Bogoya pretende ser, solamente, una reinterpretación novelada de la famosa historia de Dédalo, pero en el segundo capítulo aparece una sorpresa: Flora Leticia Ramírez. Se trata de una joven colombiana, de veintiún años, que tomaba un seminario de Antropología Forense en la Universidad Nacional antes de ser secuestrada de forma equívoca, pues el objetivo de la operación criminal era una tal Margarita Herrera. Flora lleva un par de días de encierro, tiene hambre y extraña su vida,

¹ Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Literatura Comparada y doctor en Literatura Francesa de la Universidad París III (Sorbone Nouvelle). Actualmente se desempeña como profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Artois, Francia. Ha publicado los libros de cuentos *El soñador* (2008) y *Ética para infractores* (2017), así como relatos, ensayos y traducciones en publicaciones periódicas del país y el exterior.

creo firmemente que recuperará su libertad y, con esta idea en mente, expresa: “cuando me pidan que cuente lo que pasó, diré que el pasamontañas, diré que el cosquilleo en la frente, hablaré de la cordillera, de la mujer que me dijo que iba a darme un caldo, ayer lo dijo...” (p.16). Convencida de que su historia será relevante, comienza a narrarla, dando detalles de su llegada al espacio de reclusión, que es un hueco en medio de un potrero indeterminado que tiene un piso de barro y una puerta con candado como techo.

De ahí en adelante comienzan a alternarse, entre un capítulo y otro, la historia de Dédalo, narrada en tercera persona, y la de Flora, narrada en primera persona. A medida que avanza el relato, nos damos cuenta de que Flora le está contando la historia de Dédalo a la guardiana encargada de vigilarla; es decir, la protagonista es también la narradora de los fragmentos sobre el célebre inventor. ¿Por qué le cuenta un relato griego a la persona que la tiene secuestrada? En un principio, para hacerle el quite al tedio; para recordar a su padre, profesor de griego que llenó su infancia de historias antiguas; luego, el motivo es posar la mente en una ficción que le brinde algo de consuelo, que la ayude a salirse, aunque sea por instantes efímeros, de su precaria realidad; más adelante, impulsada por el interés que tiene la guardiana hacia su relato, el objetivo definitivo de Flora es conmoverla, transformarla en un ser sensible ante el sufrimiento del otro. Tal vez, si la guardiana siente empatía por los personajes de la leyenda de Dédalo, así mismo la sentirá por la mujer de carne y hueso que tiene al frente. El caso es que traer a Dédalo a su realidad empieza a develar una serie de interesantes paralelismos entre su vida y la ficción, como el hecho de que, en un punto, debido al hambre feroz, Flora chupa con placer unos huesos normalmente destinados al perro de la guardiana. Ante su acto, la protagonista se pregunta qué es lo que constituye al ser humano y lo separa del animal, comprendiendo que el límite entre una y otra zona no es tan sólido como pensaba. Se convierte, en ese momento de su vida, en el minotauro caníbal, el monstruo a medio camino entre la bestia y el hombre, cuya prisión/laberinto tuvo que construir Dédalo bajo órdenes del rey Minos.

El reto creativo del autor consiste, entonces, en tejer paralelismos entre el relato griego, la realidad de Flora y una tercera línea narrativa que aparece al final del primer tercio de la novela: la de Garrido, un coronel jubilado, cuyo nombre dio de qué hablar a la revista *Semana* y a los diarios *El Tiempo* y *La República* por su participación en la Operación Centinela, en la toma del Palacio y en la Misión Exterminio. Los capítulos sobre Garrido están narrados en primera persona. La introducción de este personaje, citada a continuación, tiene una amplia relación con la de Dédalo, en el sentido de que ambos esperan que el abandono de un lugar les permita borrar recuerdos que pesan:

No sé por qué me hice militar. Yo tenía diecisiete años y terminaba el colegio. Además del cartón de bachiller, lo único grande que me había pasado eran las tardes en casa de Marisol. En el otro lado, en mi zona de sombra, una cuchillada que le di a un pendenciero. Fue una riña y nunca supe si lo maté. Quizá por eso me fui, para esconder esos recuerdos en la soledad de los cuarteles. (p.62)

Ambas líneas narrativas le aportan distintos matices a la trama de Flora: la de Dédalo, los componentes de un relato psicológico, pues a partir de aquella se evidencian elementos

interesantes de la interioridad de Flora y la guardiana, además de una comprensión más profunda de su estado existencial; la de Garrido, los componentes de un relato policial, en el sentido de que este personaje es contratado como detective privado por el padre de Flora.

Si bien la idea de mezclar estos dos registros es muy interesante, un punto débil de la novela reside en dicha idea, puesto que un aspecto está muy bien desarrollado, mientras que el otro no. La psicología de los personajes es profunda e interesante: abarca sus ilusiones, sus recuerdos gratos y oscuros, su deseo sexual, sus ensoñaciones y fantasías, así como los pensamientos más triviales nacidos del aburrimiento. Sin embargo, la gesta de Garrido por encontrar a Flora presenta eventos poco verosímiles (el acceso a internet que tiene Flora en su reclusión), hechos que no se desarrollan (la relación, si alguna vez la hubo, entre el secuestro y José Asunción Silva) y salidas simples que pueden tener algo de *Deus Ex Machina* (como el engaño a la guardiana con el concurso de cocina).

Estas inconsistencias en la trama policial interrumpen la fluidez entre los fragmentos. A veces la lectura se hace pesada, algunos momentos generan desconexión y, como se exponen tantos elementos, en ciertos pasajes se pierde de vista la fuerza narrativa principal, esa mirada crítica y sensible que consigue relacionar la historia de caída de un personaje de la mitología griega con la vida de individuos afectados por la violencia en Colombia. Sin embargo, la introspección de los personajes y algunos fragmentos donde las relaciones entre las líneas narrativas se tejen de muy buena forma son elementos que aparecen constantemente para volver a levantar el interés en la lectura. Entonces, aunque haya una que otra gran decepción, también existen pasajes de una alta calidad literaria que, si lo cogen desprevenido, pueden llevar al lector a las lágrimas.

Reparando también en los aciertos, es necesario destacar el inicio. Es maravilloso. Existe un encanto peculiar en el desasosiego de Dédalo y Flora durante su llegada a nuevos territorios. También se destaca la relación entre erotismo y violencia que emerge en las tres líneas narrativas, así como situaciones cotidianas y dolores honestos que permiten palpar la humanidad de los tres personajes principales. Por otro lado, es interesante que las relaciones entre ficción y realidad no son estáticas. Es decir, dependiendo de su situación, algunas veces Flora se identifica con Dédalo, otras con el minotauro, otras con Pasifae, etc...

Existe, además, un juego perspicaz que pretende establecer símiles entre la cruda realidad de la violencia colombiana y los elementos fantásticos más grotescos de la leyenda griega. Por ejemplo, cuando Flora narra la cópula entre el toro blanco y Pasifae (esposa del rey Minos), que tendrá como consecuencia el nacimiento de un ser monstruoso, mitad hombre por la madre, mitad toro por el padre, la guardiana no se sorprende en lo absoluto, pues, en tierras colombianas, ya ha visto muchos monstruos y relaciones sexuales perversas. Finalmente, quizás el mejor logro fue haber construido tres personajes inteligentes, pero tristes, quienes, por más capacidad creativa que puedan llegar a tener, no logran inventar, para ellos mismos, una nueva vida, debido a recuerdos que pesan demasiado, convirtiéndose la memoria en el límite de su imaginación.

En definitiva, esta novela no es para todo lector. Aquellos que busquen tramas perfectamente constituidas que los atrapen por su precisión en el encadenamiento de los hechos, probablemente no perdonen algunos sucesos del esquema dramático de *Dédalo*. Pero quienes se acercan a un texto para plantearle preguntas, para apreciar la experimentación, para tener encuentros profundos con los personajes, para dejarse sorprender por imágenes tanto bellas, como incómodas podrán extraer algún deleite y reflexiones interesantes, convirtiéndose los puntos frágiles de la trama policial en un elemento, si no secundario, al menos no lo suficientemente importante para perder el interés en la lectura.